

TIEMPO JOVEN

Una ventana abierta
al camino del éxito juvenil



Curso gratuito
del programa

LA VOZ DE LA ESPERANZA

11. TIEMPO DE SABER VIVIR

DE CORAZON A CORAZON

Mucho gusto de saludarte. ¿Cómo te encuentras en este momento? Deseamos que tengas paz y alegría en tu corazón. Y sobre todo, *amor*. Porque sin él se pierde la salud y el gusto por la vida, como lo demuestra el siguiente ejemplo.

Después de la segunda guerra mundial, muchos niños huérfanos debieron ser atendidos en diversos hospitales e instituciones de caridad. Se registra el caso de un grupo de 97 criaturas, que tenían desde tres meses hasta tres años de edad. Todas ellas fueron bien alimentadas. Sin embargo, a los pocos meses estos niños enfermaron y agravaron rápidamente. Buena parte de ellos murió antes de cumplir su primer año de vida. ¿A qué se debió esta tragedia? *A la falta de amor*. Las enfermeras eran tan pocas, que apenas podían alimentar y vestir a los niños. Pero nadie jugaba con ellos, ni los consolaba, ni les daba alguna forma de cariño.

Dios sabe muy bien que los niños, los jóvenes y los adultos necesitamos dar y recibir amor para sentirnos bien. Y si el mundo está lleno de maldad y de violencia, es precisamente por falta de amor. La Madre Teresa, de Calcuta, premio Nóbel de la Paz, dijo: *"El peor de los males es la falta de amor y de caridad, la horrible indiferencia hacia el prójimo que vive a la vera del camino asaltado por la explotación, la corrupción, la miseria y la enfermedad"*.



Por eso, con el propósito de encauzar y elevar nuestra conducta, *Dios creó en su sabiduría una magnífica ley de amor*. Dicha ley nos ayuda a tomar decisiones correctas y a realizar buenas acciones. Se trata de una ley breve en su contenido, pero muy abarcante en su significado. Son los Diez Mandamientos, llamados también Decálogo o Ley de Dios.

El mismo Dios omnipotente que creó las leyes del espacio infinito, y que estableció leyes para preservar el mundo natural que nos rodea, también nos dio leyes morales para ordenar y hacer más grata nuestra vida. Cierta muchacha una vez exclamaba: "¡Oh, si alguien me dijera exactamente qué hacer en mi vida, me evitaría mil problemas y complicaciones!" Y un cristiano que lo escuchó, le dijo: "Eso ya está dicho. . . en los Diez Mandamientos".

Con razón, al concluir uno de sus libros, el rey Salomón dijo: "El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y *guarda sus mandamientos*; porque esto es el todo del hombre" (Eclesiastés 12: 13). Es decir, la esencia de la conducta humana consiste en respetar la Ley de Dios. San Juan declara que "Dios es amor". Y movido por este supremo atributo de su carácter, El nos ha dado una ley de amor, para que podamos vivir con paz, bienestar y felicidad. ¿Podríamos pretender una ley mejor?

1. POR UN MUNDO DIFERENTE

Los Diez Mandamientos se dividen en dos partes bien diferenciadas. Los primeros cuatro se refieren a la relación que deberíamos mantener con Dios, mientras que los últimos seis regulan el modo en que deberíamos relacionarnos con nuestro prójimo. Así lo enseñó Jesús, cuando dijo:

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (S. Mateo 22: 37-39).

Como vemos, tanto nuestra relación con Dios como con nuestros semejantes debería basarse en el amor. Hacia Dios, un amor filial (de buenos hijos suyos); y hacia nuestro prójimo, un amor fraternal. ¿Te imaginas cuán diferente sería nuestro mundo si todos tuviéramos un comportamiento de esta clase? Ya no habría más odio, ni maldad, ni guerras. Todos viviríamos en paz y armonía, como buenos amigos y vecinos.

Narra una parábola que cierta vez los hombres más entendidos de la tierra se propusieron descubrir cómo asegurar la paz mundial. Y no tuvieron mejor idea que recurrir a un complejo cerebro electrónico, al cual le proporcionaron toda la información necesaria para que diera una respuesta precisa. Luego le preguntaron a la máquina: “¿Cómo se podría lograr la paz entre los hombres?” Y a los pocos segundos, la computadora respondió: “Guardando los Diez Mandamientos”.

Podremos decir: “Esa es sólo una parábola”. Pero ¿no te parece que esa misma sería la respuesta que Dios nos daría en su Palabra? Y efectivamente así lo dice El: “¡Oh, si hubieras atendido a mis mandamientos! Fuera entonces tu paz como un río, y tu justicia como las ondas del mar” (Isaías 48: 18). El

propio salmista bíblico reconoce esta verdad, cuando le dice a Dios: *“Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo” (Salmos 119: 165).*

¡Cuán bien nos llevaríamos con todos, y cuánto más felices seríamos, si nos dispusiéramos a cumplir la santa Ley de Dios! Pondríamos a Dios en primer lugar en nuestra vida, y sus bendiciones nos acompañarían en todo momento.

2. UN ESPEJO PARA MIRARNOS

¿Para qué nos miramos en el espejo? Para saber cómo estamos: sucios o limpios, despeinados o bien peinados. ¡Cuán nos ayuda tener siempre un espejo al alcance de la mano, en la cartera, o en el bolsillo! ¿Sabías que la Ley de Dios es como un espejo espiritual, que nos dice cómo estamos por dentro? Observa lo que escribe el apóstol Santiago:

“Si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era. Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace” (Santiago 1: 23-25).

Aquí se destacan varios puntos importantes:

1) La Ley de Dios es para mirarnos en ella, como si fuera un espejo, para comprender cómo está nuestro corazón (nuestros sentimientos, pensamientos y acciones).

2) Si al observarnos en ese “espejo” descubrimos alguna falta, debemos reconocerla y estar dispuestos a cambiar.

3) La Ley de Dios es “perfecta” y de “libertad”. Conviene recordar estas dos características. Si es perfecta —como todo lo que hace

Dios—, nadie podría cambiarla y pretender mejorarla. Y si es una ley de libertad, lejos de limitarnos o imponernos prohibiciones, nos hace realmente libres. Nos libra de toda mala acción y de sus inevitables consecuencias.

4) El cumplimiento de los Diez Mandamientos nos vuelve “bienaventurados”. Garantiza nuestro bienestar, nos da una conciencia tranquila y nos hace felices. ¿No es maravillosa esta ley divina? Por eso San Pablo dice: *“La ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” (Romanos 7: 12).*

El mismo apóstol declara además que *“por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Romanos 3: 20).* ¿Qué quiere decir esto? Que los Diez Mandamientos dicen qué es malo, y por extensión qué es bueno. ¿No te sucede a menudo que te cuesta saber cuándo una cosa es buena o mala? Sí, con frecuencia lo malo está teñido de bueno. Parece bueno, pero no lo es. Y allí está la dificultad: cómo saber cuándo una acción, un amigo, o una invitación cualquiera encierra algún peligro de maldad. La ley perfecta de Dios te lo puede decir. Si lo que sea, o quien sea, va acompañado de amor puro, desprendido y responsable hacia Dios y el prójimo, allí estará el bien. En cambio, si adviertes alguna forma de egoísmo, impureza o deslealtad, podrás saber que allí está el mal.



3. CONOZCAMOS SU CONTENIDO

Antes de continuar con nuestro tema, ¿no te parece que sería útil saber qué dicen los Diez Mandamientos? Si decimos que nos ayudan a saber vivir, debemos conocer cada uno de ellos. Se encuentran en el segundo libro de la Biblia, Exodo 20: 3-17. Allí está su texto completo.

Como lo decíamos antes, los primeros cuatro mandamientos nos piden amar a Dios por encima de todo:

1. No tener dioses o ídolos que interfieran con nuestro afecto supremo hacia el verdadero Dios. Cualquier cosa o persona que nos atraiga más que Dios, eso será un ídolo, llámese trabajo, dinero, deporte, estudio, etc.

2. No hacernos ninguna imagen o representación, ante la cual nos inclinemos para rendirle honra o adoración. La adoración debería reservarse sólo para el Creador. Nadie más que El la merece.

3. No tomar el nombre de Dios en vano. Por lo tanto, no jurar en su nombre, ni utilizarlo repetida e irrespetuosamente.

4. Observar el sábado, séptimo día de la semana, como día de des-

canso y adoración, para el bien físico y espiritual de la vida. El sábado es un recordativo de la gran creación de Dios. Es el día que El bendijo y santificó, y en el cual también reposó (Génesis 2: 1-3). Jesús mismo lo observó mientras estuvo en la tierra (S. Lucas 4: 16).

Cuando el pintor francés Gustavo Doré terminó de pintar su célebre cuadro de Jesucristo, recibió los elogios de todos sus amigos y críticos de arte. Sin embargo, él contestó: "Podría haberlo pintado mejor si lo hubiese amado más". ¿No crees que eso mismo podría ocurrir en nuestra vida? Si amáramos más a Dios o a Jesús, podríamos pintarlo mejor en nuestro modo de actuar y de vivir. Es decir, seríamos mejores cristianos. Esta primera porción del Decálogo nos ayuda a demostrar nuestro verdadero amor al Señor.

Y ahora repasemos los últimos seis mandamientos de la Ley de Dios:

5. "Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra". ¿Notas que el primer precepto de nuestra relación con el prójimo se refiere a nuestros padres? La religión de Cristo nos insta a amar, respetar y obedecer a nuestros padres. Este es un deber y privilegio a la vez, que contribuye a tu buena formación juvenil y al bienestar de tu familia.

6. "No matarás". Le debemos respeto a la vida propia y ajena. Pero no sólo se mata con un arma, sino también con actitudes y palabras hirientes, o con hábitos malsanos que acortan la vida.

7. "No cometerás adulterio". Una orden sabia que defiende la integridad del matrimonio y el hogar. Destaca también el carácter sagrado del amor fiel y puro. ¡Cuántas tragedias se evitarían si existiera más fidelidad matrimonial y pureza mental!

8. "No hurtarás". El robo, en cualquiera de sus formas, está condenado en este mandamiento.

Quien ama a su prójimo, siempre será honrado con él.

9. "No hablarás contra tu prójimo falso testimonio". Esto incluye la mentira, la calumnia, el infundio y cualquier falsedad, aun la media verdad con fines engañosos. Un hermoso mandamiento en defensa de la verdad.

10. "No codiciarás" los bienes ni la mujer de tu prójimo. No corresponde desear codiciosa o deshonestamente lo que le pertenece al vecino. La envidia y la ciega ambición, también condenadas aquí, siempre llevan a mal fin.

Cierto caballero visitaba un leproso. Y al observar cómo una de las enfermeras voluntarias atendía con solicitud a los enfermos, le dijo: "Yo no lavaré la llaga de un leproso ni por un millón de dólares". A lo que la dama respondió: "Yo tampoco lo haré por esa cantidad". "¿Y cuánto cobra Ud., entonces?" preguntó el hombre. Y la inmediata respuesta fue: "Señor, yo no cobro nada, hago esta tarea por amor".

¿Comprendes cuántas cosas somos capaces de hacer por nuestro hermano cuando lo amamos? Lo que no haríamos por dinero, lo hacemos por amor. Esto es lo que nos enseña la admirable Ley de Dios. Nos libra de todo egoísmo, y nos mueve a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. ¡Cuán pocas palabras, pero cuánto ayudan a vivir!

4. SU VIGENCIA PERMANENTE

Los Diez Mandamientos fueron dados por Dios para la humanidad de todos los tiempos. Aunque datan de los días de Moisés, en el siglo XV antes de Cristo, conservan hasta hoy plena vigencia. Incluso, fueron escritos "con el dedo de Dios" (Exodo 31: 18), lo que muestra la importancia suprema que El les asignó. Jesús mismo, en su Ser-



món del Monte destacó la perpetuidad de la ley, cuando dijo:

“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido.” (S. Mateo 5: 17, 18).

Y al final de la historia humana, cuando se realice el juicio de Dios, habrá un grupo de fieles cristianos, de quienes se dice:

“Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14: 12).

Como notas, la Ley de Dios tiene vigencia desde el día cuando fue dada, pasando por Jesús que la confirmó, hasta el fin del mundo. ¡Cuán estables son las leyes de Dios! ¡Y cuánto bien nos proporciona el obedecerlas!

5. LA BENDICION DE LA OBEDIENCIA

Recordemos el caso de Delia, una muchacha que se entregó a los caminos de la inmoralidad, el alcohol y las drogas. Llegó a ser la jefa de una gavilla de ladrones. Fue encarcelada siete veces. A los 23 años de edad confesó que no existía pecado que ella no conociese, y que no podía vivir sin ellos. En suma, una joven que había transgredido en su máximo grado todos los mandamientos de Dios.

Pero un día Delia asistió a una reunión religiosa, y allí se sintió tocada por Dios. Aceptó a Jesús como su Amigo y Salvador. Comenzó

a estudiar la Santa Biblia, y su vida cambió por completo. De su estado de rebelión contra Dios pasó a una marcada disposición a obedecer los mandamientos divinos. Y mientras ya gozaba de su nueva vida, un día le habló a un grupo de 1.500 presos, a quienes les dijo: “¿Qué hemos ganado sirviendo al diablo? Prisión, miseria, desprecio y enfermedades. El Señor me hizo una nueva persona. El vive en mi corazón, y hoy me gozo en obedecerlo”.

La experiencia de Delia puede ser también la tuya. No importa si has caído en el abismo de la maldad, o si apenas has tenido alguna caída, desde donde estés, ahora mismo, puedes acudir a Dios y entregarle tu corazón. Puedes decirle: “Toma mi vida y renuévala. Aparta el pecado de mi corazón. Encauza mis pensamientos y sentimientos. Dame el gozo de obedecer tu santa ley de amor”. Y El lo hará, porque tiene poder, y porque te ama.

Dice Jesús: “*Si me amáis, guardad mis mandamientos*” (S. Juan 14: 15). Y a la vez nos recuerda: “*Cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos*” (Santiago 2: 10).

Me agrada esta ley de amor



El secreto para cumplir los mandamientos de Dios consiste en el po-

der divino obrando en nosotros. Dice la promesa: “*Pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré*” (Hebreos 10: 16). Con nuestra sola fuerza jamás podremos ser obedientes a Dios. Pero cuando el Espíritu Santo dirige y fortalece nuestra voluntad, El nos habilita para ser obedientes y así nos prepara para la vida eterna.

Jesús nos recuerda: “*Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando*” (S. Juan 15: 14). ¿No disfrutarás de tu amistad con Cristo, haciendo lo que El te pide para tu felicidad?

6. TODO TE SALDRA BIEN

Si haces la voluntad de Dios, puedes transitar con seguridad tu juventud. La mano de Dios te sostendrá. Y no importa cuáles sean tus necesidades, o aun tus contradicciones, **TODO TE SALDRA BIEN**. . .

1) Si amas a Dios por encima de todo, y a tu prójimo como a ti mismo.

2) Si guías tus pasos por la senda del amor y la obediencia.

3) Si pides que Cristo sea el Señor de tu vida, y que el Espíritu Santo mueva tu voluntad para hacer sólo lo bueno.

¿Te agradó el tema de este capítulo? ¿Te aclaró alguna duda? Agradece a Dios por las buenas leyes que nos dio. ¡Qué sería del mundo y de nuestra vida si no existieran dichas leyes! **Dios te ayude a cumplirlas alegremente. Te saludamos con un abrazo de amistad hasta nuestro próximo capítulo. ¡Que lo pases muy bien!**

Nuestro próximo tema: TIEMPO DE IMITAR.
Un estimulante desfile de biografías que encenderá tu espíritu de entusiasmo. ¡No te lo pierdas! ¡Te agrada mucho!